

Duodécima carta abierta al pueblo de Maranatha

(Sobre las elecciones a discernimiento)

Discernir es una palabra que viene del verbo latino *discernere* que significa distinguir, reconocer, separar. Se refiere sobre todo a actos del pensamiento y del espíritu. Para nosotros en Maranatha tiene un significado añadido pues lo utilizamos para designar al equipo que dirige a la comunidad. Es un ministerio en la línea del servicio y es el encargado de distinguir lo bueno de lo malo, reconocer la senda verdadera frente a los caminos falsos, separar lo que es válido y saludable de lo que, sin serlo, se presenta como tal. Sin ser un magisterio ni estar investido de autoridad jurídica debe transmitir al grupo en una línea profética la voluntad de Dios.

La palabra discernimiento en referencia al equipo directivo del grupo es bastante tardía en nuestra jerga. En los primerísimos años, se hablaba de líderes, más tarde, de dirigentes, en otros momentos se le denominaba equipo de servidores. Aunque es una palabra muy española y se menciona frecuentemente en los clásicos al hablar del discernimiento de espíritus, sin embargo, a Maranatha nos llegó por influencia francesa. En los primeros momentos nos pareció un esnobismo un poco hortera y la verdad es que sigue siéndolo. De hecho la mayoría de los grupos en la Renovación española permanecen con la denominación de equipo de servidores. Sin embargo, entre nosotros ha logrado tomar carta de ciudadanía y ya forma parte de nuestro lenguaje convencional sin causarnos problema.

La palabra *cérnere* en latín significa, entre otras cosas, aperebir, ver, decidir, resolver. Va en la línea del centinela, del vigía, del que escruta lo que está llegando. El oficio de discernimiento no va sólo en la dirección de guardar el rebaño sino en la de entrever el futuro, atisbar los signos de los tiempos, escuchar los pasos de Dios. *Sobre tus murallas, Jerusalén he colocado centinelas que no dejarán de gritar día y noche hasta que todo el pueblo se transforme en alabanza* (Is 62, 6-8). Maranatha no sólo es una comunidad sino un pueblo, es decir, un grupo de personas que está en

camino, que han sido llamados por el Señor para una misión, que no pueden estar quietos. Es un camino de fe, hacia cualquier parte, hacia el lugar que yo te indicaré. Sólo el Señor puede dar sentido a un caminar en fe.

No es fácil caminar en la fe y menos aún guiar a otros por caminos desconocidos. Esta tarea requiere una escucha y una intimidad muy intensa para no errar. El mayor peligro está en la razón y en el cálculo de probabilidades. Estas dos visiones contaminan constantemente la perspectiva de la fe acomodándola al sentir del mundo, de lo que se lleva, de lo cuerdo y racional, en definitiva, de la cultura ambiente. Discernir desde ahí es perder la pista, es someter al Espíritu, es apropiarse de la finca, es robarle la gloria a Dios, de la que es celosísimo.

Lo que no podemos olvidar nunca es la onda en la que nos movemos. El discernimiento es nada menos que uno de los siete dones del Espíritu que adornaban al Mesías. El don de discernimiento o consejo es una luz interior, una moción del Espíritu por la que te hace ver el camino que has de seguir, la voluntad de Dios en cada caso, lo que se opone al querer de Dios. Este don ilumina primeramente a la persona que lo recibe. No se trata en un principio de aconsejar a otros sino de estar uno bien aconsejado, es decir, de conocerte a ti mismo, tu vida espiritual, de ser sincero con uno mismo. Si no eres sincero con Dios en tu propia vida, difícilmente acertarás a guiar a los demás porque no sabes guiarte a ti mismo. Si eres sincero, aunque estés lleno de debilidades y fallos, como el rey David, acabarás encontrando la voluntad de Dios para ti y para los demás.

No se trata, por tanto, de ser perfecto o de verte libre de debilidades y pecados, sino de no racionalizarlos, de no excusarte, de no afirmarte en tus posturas, sobre todo cuando no estás bien preparado o no quieres estarlo. El Señor trabaja bien con la debilidad y la imperfección pero no soporta la doblez y la insinceridad. La ecuación: perfección igual a buen discernimiento no se cumple. En cierta ocasión preguntaron a Santo Tomás de Aquino ante la elección de un prior, a quién se debería votar y respondió: “Votad a uno que sea prudente. El sabio que nos enseñe y el santo que rece por nosotros. El prudente es el que debe gobernarnos”.

Para Santo Tomás el don de consejo viene a fortalecer y dar claridad a la virtud de la prudencia. La prudencia guiada por el don de consejo acierta en sus decisiones. No basta con la prudencia solamente porque ésta

es una virtud natural y rebaja los juicios y resoluciones a categorías humanas y a cálculos puramente mundanos. Si Maranatha fuera gobernada por gente sólo prudente sería un desastre; es necesario completar la prudencia con el don del Espíritu para caminar por caminos de fe. No es extraño, por tanto, que el Espíritu, de vez en cuando, agite el tarro y nos dé un golpe de fe más allá de las prudencias corrientes, despistándonos un poco a todos. Un golpecito de éstos, recibido últimamente, es lo que ha dado origen a esta carta.

Si seguimos a Santo Tomás todavía podemos disfrutar de una nueva idea en el tema que tratamos. Resulta que la bienaventuranza que corresponde a un discernimiento en el Espíritu es la de los misericordiosos. Sería así: Don de consejo, prudencia, misericordia. ¡Qué grande es el Señor! Esto supone que el don de discernimiento o consejo nos hace ser prudentes en la fe y dichosos porque así podemos ejercer la misericordia. Un discernimiento espiritual y prudente en Maranatha no puede terminar en rigideces e imposiciones antigratuitas. La prueba de la gratuidad es predicarla y vivirla gratuitamente. No puedo vivir la gratuidad si no comprendo las miserias y dificultades de los demás. No puedo, si estoy en la fe del Señor, decir: “Los pobres van a hundir el grupo”. Esa frase puede pertenecer a la prudencia pero no al nivel del don.

El primer acto que engendra la misericordia es la compasión. Al pueblo que se nos ha confiado tenemos que tratarlo compasivamente, pero no desde nosotros mismos y con nuestra bondad de carácter, aunque esto también ayude, sino desde Jesucristo. El pueblo es de Jesucristo y él otorga el don de amar y atender a sus hijos a quien quiere y de la forma que quiere. La compasión de un dirigente a su pueblo debe ser una participación de aquella con la que el Hijo de Dios nos redimió y con la que amó al mundo. El pueblo debe dolernos como a Cristo. Dado el nivel espiritual en el que se encuentra Maranatha me atrevo a decir que ese dolor debe ser un dolor don, es decir, un dolor sobrenatural que añade calidad divina a todas nuestras preocupaciones y tareas humanas por el pueblo. Estas palabras no quieren decir que tengamos que hacer nada especial, distinto de lo que somos, quieren decir que además de orar y entregar al pueblo continuamente al Señor, las hagamos objeto de nuestra meditación con cierta frecuencia para no bajar la guardia y mantener siempre en el ministerio el nivel del don. Es más, ahora que no hay ningún sacerdote en el discernimiento, el equipo debería encargarse que alguno de ellos diga misas por el pueblo. Sabéis que todos los párrocos tienen la obligación de decir la misa de los domingos por su pueblo.

Es bello pensar que un discernimiento prudente en el Espíritu tiene que terminar en la misericordia. Algo así nos hace temblar porque el miedo nos ronda; lo tenemos metido en el alma. Queremos dar seguridad y consistencia al grupo, a nuestra manera. Está claro que un deficiente no puede gobernar el grupo porque el discernimiento de las personas empieza por lo natural; esto sería caer en el espiritualismo o fideísmo. Para que esto no suceda está la comunidad y, en nuestro caso, la votación final. Ahora bien, dicho esto, también hay que decir que no hay nada como la misericordia para probar nuestra confianza en Dios. La misericordia nos da la sensación mundana de que estamos favoreciendo el desorden o la vaguería. Por eso tendemos más al orden y a la imposición pero, si nos descuidamos, nos salimos de la onda del Espíritu.

Terminada esta introducción paso a compartiros la gran experiencia de Espíritu que hemos tenido muchos en las últimas elecciones de discernimiento, el sábado diecisiete de este mes de diciembre de 2011. Evidentemente voy a hablar mucho sobre mí porque el sentido de esta carta es compartir lo que el Señor me ha revelado y que otros hermanos han asumido también más tarde. Las elecciones en Maranatha siempre son un poco tensas sobre todo desde hace un tiempo a esta parte. Yo personalmente estaba muy tenso y sufriendo cada vez más según se acercaba la fecha establecida para tenerlas. Al menos dos meses me he sentido mal y me daban ganas como de escapar de todo.

A tanto llegó la cosa que me producía mal humor y desasosiego. Lo que me ponía casi frenético era que cuando hablaba con distinta gente o distintos grupos, veía que todos querían que estuviera yo en discernimiento pero no coincidían generalmente conmigo, o muy a medias, con los otros seis que había que votar. Yo les respondía: “Muy bonito, vosotros queréis que yo esté ahí porque os doy seguridad, por estabilidad, para que no haya líos ni peleas; o sea que me estáis utilizando, Porque el resto de los votandos los queréis elegir según vuestras hormonas, amistades, preferencias o rechazos. Yo siento que ya soy muy mayor y no tengo por qué estar tirando más tiempo del carro y sobre todo no tengo ninguna gana de discutir con nadie”.

Cuando me quedaba solo, recapacitaba y me decía: ¡Pero si yo nunca he sido así! ¡Siempre le he entregado con facilidad las cosas al Señor!

¡Nunca me he preocupado de esta manera! Hasta cierto punto uno debe de preocuparse e intentar que las cosas y las personas elegidas sean las más adecuadas y con las mejores actitudes posibles, pero la preocupación de ahora era distinta. Igualmente es evidente que yo también siempre he tenido mis preferencias a la hora de votar personas, pero mi desasosiego era más hondo que cualquier tejemaneje en una elecciones. Sufría sin ser capaz de poner palabras a lo que me estaba pasando. Estaba encerrado en mí mismo y ni siquiera era capaz de darme cuenta de que estaba en un plano puramente humano. Tenía una gran preocupación por Maranatha pero desde mí; lo cual no me evitaba temores, sospechas, juicios y turbulencias. Ahora que lo entiendo mejor, pienso lo difícil que es librarse del pecado cuando uno juzga las cosas desde sí.

Un día que pude orar el tema un poquito se me reveló algo: que mis sufrimientos no estaban relacionados con Maranatha sino con Jesucristo. Me sorprendí a mí mismo. El don de temor de Dios estaba activado en mí y me hacía sufrir con respecto a Jesucristo. Me vinieron dos palabras que me aclararon bastante: “vaca sagrada” y “líder”. Me di cuenta de que en el grupo de Maranatha yo era un líder y una vaca sagrada. De repente me vino una primera conclusión relacionada con las votaciones. A mí mucha gente me quiere votar porque soy vaca sagrada y líder pero, ¿estará de acuerdo el Señor con estas votaciones? ¿No estaré ocupando un puesto refrendado por la gente y su votación pero no por el Señor? No estaré robándole la gloria al Señor y ocupando un puesto que él no quiere? ¿Se puede identificar una votación masiva del pueblo con el querer del Señor?

Podéis imaginar que el don de temor de Dios subió cotas de incisividad y penetración en mi alma. Estaba desconcertado, muy, muy adentro. ¿Qué hago? Me puede votar todo el mundo por cariño, por miedo, por evitar problemas, porque reconocen en mí autoridad, por descargar su responsabilidad, por pura vaguería pero, Jesucristo ¿tiene algo que ver con alguna de estas razones? Pensaba en las palabras del Señor: *“Apártate de mí, no te conozco”*. Señor, pero si he estado más de treinta años en Maranatha alabándote, sirviendo al pueblo, sacrificándome, predicando, entregando mi tiempo... *“No te conozco”*. ¿Se identifica Jesucristo con una votación democrática? Vivimos en una cultura democrática pero el evangelio nunca habló de tal realidad y de tales procedimientos. En la Renovación al principio se nombraba a los dirigentes más bien por discernimiento. Ahora ya no se puede hacer así por la dureza de nuestro corazón. En definitiva, ¿le gustan al Señor nuestras votaciones tan proclives al individualismo, a la hormona, a los grupos de presión, a los amiguismos, a las listas, a las intrigas?

De repente tomé una decisión rotunda aunque molestara a muchos: esta vez no me presento, no aceptaré por más que me voten por unanimidad. Con esta decisión me quedaba un poco tranquilo, mas no me duraba gran cosa esa tranquilidad. En efecto, ahora las dudas me atacaban por el otro costado: ¿quién soy yo para negarme al Señor? Yo soy vaca sagrada porque la gente me ve así, pero en mi interior nunca lo he sido, sólo he querido hacer la voluntad del Señor y, en el fondo, soy un pobre. Seguía discurrendo, ¡mira que si el Señor quiere que yo esté al frente de su pueblo! ¿No eran vacas sagradas Moisés y tantos otros a lo largo de toda la Biblia? Sí, lo eran; mas el argumento no me valía porque el Señor mostraba con signos que los había elegido él. Yo..., ¿qué signos hay en mi vida? Yo no tengo ningún signo de que el Señor quiera que esté ahí. No, no puedo aceptar, me decía; además lo mío es predicar. Yo tengo que dedicarme a la predicación y no tengo por qué estar en labores de gobierno que me roban tanto tiempo y tanta tranquilidad....

El día 8 de diciembre tuve una toma de hábito en las dominicas de Lerma a la que estaban también invitadas muchas personas de Maranatha. Al volver a Madrid, tomamos algo en un restaurante. Éramos unas diez personas. Como era de prever salió la conversación. Algunos debieron notar mi turbación porque hablaba bastante y sin mucha paz interior. Estaba en el punto álgido de mi oscuridad. Uno cerca de mí con mucha más serenidad que yo, dijo: “Yo creo que en una votación en un grupo que lleva el Espíritu hay que darle una oportunidad al Señor para que actúe él y, al menos, pueda descartar a las personas que no quiera para ese puesto en ese momento. Yo propongo que haya un bombo y todos los que estén dispuestos a servir al Señor en discernimiento que pongan en una papeleta su nombre y la echen allí. De ese bombo se sacan después la mitad de las papeletas y sobre ellas se hace la votación final. Los siete que más votos tengan serán los elegidos”. Me llegaron estas palabras al centro de mi alma. Noté que el Señor me las ungió y las hizo totalmente mías.

Entre los diez no hubo ninguna unanimidad, pero yo había recobrado la paz. El Señor me había hablado. Me di cuenta que todo mi sufrimiento era parte de un proceso interior que acababa de ver la luz. Se me hizo claro todo: Si la gente no acepta lo del bombo yo no me presento. Si lo aceptan, meteré mi papeleta en el bombo y, si salgo y me eligen, aceptaré ser dirigente. En este caso, lo aceptaré con toda tranquilidad porque el Señor

ha tenido la ocasión de descartarme. Me acordaba de la elección entre Matías y Justo en la que se echó a suertes y el Señor eligió a Matías y descartó a Justo. Así lo entendieron Pedro y demás apóstoles, diciendo:

Hermanos: es preciso que uno de los hombres que anduvieron todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que fue llevado al cielo, sea testigo de su resurrección con nosotros.

Presentaron a dos: a José, llamado Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. Entonces oraron así: «Tú, Señor, que conoces el corazón de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que Judas desertó para irse a su propio lugar.» Echaron a suertes y ésta cayó sobre Matías, que fue agregado al número de los doce apóstoles. Eran un grupo de unas ciento veinte personas (Hch. 1, 21ss).

Este texto nos deja muy claro que el Espíritu Santo tiene que tener una oportunidad para intervenir pues de lo contrario lo hacemos a nuestra manera. Es claro que en una elección en el Espíritu en un pueblo que camina, hay que tener fe en el Espíritu Santo. La pura democracia humana no es suficiente. Está sujeta a toda clase de pecado. Es cierto que no debería ser así, pero lo es; en Maranatha tenemos suficiente experiencia.

Entre los comensales hubo mucha disparidad de opinión. Para algunos era una infantilada, poco acorde con la realidad que vivimos y en la que nos hemos movido y, por otra parte, difícil de admitir por el pueblo. Lo van a ver como muy raro. Lo extraño no suele tener buena acogida. Además, pensaban algunos, eso es una lotería: ¿qué gente puede salir? Nos podemos meter en una aventura de difícil salida. Otros, sin embargo, se pusieron muy contentos. Sería la forma de terminar con las listas, con los grupos de presión, con las rencillas, descartes y las expectativas de los distintos grupúsculos. Sobre todo, sería la forma de terminar con las vacas sagradas, los líderes inamovibles, los que piensan que tienen don para gobernar, los que se creen imprescindibles, los que se amparan en las votaciones humanas, los que piensan que si no está fulano se va a hundir el grupo. El acto de fe está servido. El bombo nos obligará a rezar más, a

confiar más en el Señor, a valorar a gente que nunca se les da oportunidad, a no fiarnos de prejuicios, a evitar a los que se aferran a un puesto por la frustración en la vida.

Yo volví feliz a Madrid. Al menos mi problema personal lo tenía resuelto: si salgo del bombo y me votan, acepto feliz sin miedo a ser vaca sagrada ni a robarle la gloria al Señor; si no lo aceptan, entonces mi temor de Dios no me dejaría presentarme. Dada mi edad, me decía, hay cosas sagradas con las que no se puede jugar. Lo más importante, sin embargo, es que lo sentía en mi interior como una revelación. Me vino como palabra del Señor. Me reprochaba a mí mismo no haber entendido que lo que me había pasado venía del Señor. Siempre me pasa lo mismo. Estos procesos me humillan porque me siento mal en ellos, no salgo de lo humano, no me entero siquiera, me domina el mal humor, me entran ganas de escapar. Después, cuando aparece la luz, doy gracias a Dios y quedo humillado pero alegre porque el Señor sigue vivo y cercano y porque si no fuera por él yo caería continuamente en la ceguera. ¡Qué fácil es el endurecimiento y que cercana está de nosotros la soberbia espiritual! ¡Qué figura más real es la de Lucifer!

El problema es que esta decisión que a mí me parecía tan luminosa no dependía de mí: tenía que ser aprobada primero por el equipo de discernimiento y después por todo el pueblo. Confieso que tenía mis dudas de que se pudieran alcanzar ambas aprobaciones. No jugué ningún tipo de cartas porque el proceso tenía que ser muy limpio ya que, de lo contrario, se convertía en un castillo de naipes o en la utopía de unos iluminados. Sólo quedaba una confianza total en el Señor. Yo creía que era suyo, pero no estaba seguro que fuera para esta misma elección. Tal vez el tema no estaba suficientemente maduro todavía. No me preocupaba; yo ya estaba aclarado. En mi interior me divertía y estaba a la expectativa de por dónde saldría el Señor. Esa era la fe que vivía.

Un primer signo lo tuve el martes día 14 en que me reuní con el ministerio de adoración. Este ministerio está comisionado por el grupo para que, aparte de lo que cada uno pueda hacer en particular, pasen juntos todos

los lunes dos horas de adoración delante del Santísimo orando por Maranatha. Éramos catorce personas. Celebraban una comida de felicitación navideña en un restaurante de la calle Pardiñas. Me encantó la unión entre ellos y la conciencia de ministerio que tenían. Vivían clarísima su identidad y estaban orgullosos de ser la parte contemplativa del grupo de Maranatha. Uno de ellos me lo explicó: “esta unión que tenemos, requiere muchas horas de banquillo”. Era un restaurante popular abarrotado, de menú barato, y el barullo a nuestro lado era ensordecedor. Apenas podíamos entendernos ni con el que estaba al lado. Hacia la mitad de la comida les conté lo que tenía dentro e intentaba proponer. Todos pusieron una gran atención. Les interesaba enormemente la proposición y la recibieron y la entendieron en pocos minutos con una sencillez extrema. La actitud de estas personas me confirmó en la idea de que el Señor andaba por medio.

Dos días más tarde, el 16, tuvimos la reunión de discernimiento. Ahí la cosa no fue tan fácil. A varios les pareció, y con razón, que era una proposición demasiado precipitada. Al día siguiente era la elección y no habíamos hablado nunca de semejante posibilidad. Traté de expresar lo mejor que pude mi situación interior y cómo no podría aceptar el ser dirigente si las elecciones eran como las anteriores. Los más receptivos veían imposible, ante tal precipitación, que la gente lo aceptara y que ni siquiera lo pudiera entender. Un par de ellos, de siete que éramos, estaban muy a favor; otros simplemente no estaban de acuerdo. En un momento pensé que el tema no estaba suficientemente maduro y habría que dejarlo. En ese caso yo no me presentaría ni podría dirigir el retiro y dar la charla. Y esto era al día siguiente. Mi alma me lo prohibía. No tendría absolutamente nada que decir; predicaría contra mis sentimientos más íntimos. De los demás nadie estaba dispuesto a asumir esa responsabilidad. Al final se convino en que lo expusiera y que decidiera la asamblea mediante votación secreta.

Al día siguiente, sábado 17, estaba a las nueve y cuarto a punto de coger el metro para ir al retiro. Iba con una total paz interior; lo que sucediera lo aceptaría del Señor, con una claridad absoluta de que yo no podría aceptar en el caso de que se rechazara la proposición. Con la conciencia tranquila se va bien a todas partes en las que haya que servir al Señor. En ese momento me llama por teléfono un matrimonio que vive más

lejos que yo. “¿Te recogemos?”, me preguntan. Vale, respondí. A los pocos minutos estaban allí. La mujer, que era de adoración, me dijo: “He recibido una palabra del Señor en la que se confirma que hay que hacer las cosas como tú dices. Nosotros, después de leer este texto, estamos totalmente de acuerdo”. La palabra, del libro de los Números 17, 16 ss, dice:

Iahvé dijo a Moisés: «Habla a los israelitas. Que te den una vara de almendro seca por cada familia principal: que entre todos los príncipes, en representación de sus familias patriarcales, te den doce varas. Y escribe el nombre de cada uno en su vara. En la vara de Leví escribe el nombre de Aarón, pues ha de haber una sola vara para el jefe de la familia de Leví. Las depositarás en la Tienda del Encuentro, delante del Testimonio, donde me suelo manifestar a ti. El hombre cuya vara retoñe, será el que yo elijo. Así dejarán de llegar hasta mí las murmuraciones que los israelitas profieren contra vosotros.»

Moisés habló a los israelitas, y cada uno de los príncipes le dio una vara, doce varas, en representación de todas las familias patriarcales. Entre sus varas estaba también la de Aarón. Moisés depositó las varas delante de Iahvé en la Tienda del Testimonio. Al día siguiente, cuando entró Moisés en la Tienda del Testimonio, vio que había retoñado la vara de Aarón, por la casa de Leví: le habían brotado yemas, había florecido y había producido almendras. Moisés sacó todas las varas de la presencia de Iahvé, ante los israelitas; las vieron, y tomaron cada uno su vara. Entonces dijo Iahvé a Moisés: «Vuelve a poner la vara de Aarón delante del Testimonio, para guardarla como señal para los rebeldes: acabará con las murmuraciones, que no llegarán ya hasta mí, y así no morirán.» Moisés lo hizo así; como le había mandado Iahvé lo hizo.

Precisamente del libro de los Números. Creo que nunca me he parado cinco minutos en ese libro. Pensé que era un libro de censos y empadronamientos, es decir, de números, con añadidos de legislación y ritos. Vagamente me sonaba que en él se contaba la conversación de la burra con su amo Balaán, pero nada más. Así que me impresionó mucho y me redobló la fuerza para poder hablar al pueblo

Comenzaron los Laudes a las diez y hubo una gran alabanza hasta las once. Al final ya se había prácticamente completado el número de los que habíamos de asistir. Uno de los requisitos para poder votar era el de llevar ya cuatro años en el grupo. Calculo que, con derecho a voto en Maranatha, habrá algo más de cien personas de las que asisten asiduamente. No

obstante ese día sólo asistieron unos setentaicinco. La presencia personal era imprescindible para votar y, en el caso de que saliera la nueva proposición, también para ser votado ya que cada uno debería responsabilizarse de su papeleta.

Acto seguido comenzó la charla y en poco más de media hora expuse lo que vengo diciendo en esta carta. Preparé a la gente para que ejerciera con libertad, diciéndoles que, si consideraban que era precipitado el nuevo procedimiento, votaran que no, si bien yo no podría aceptar el ser elegido. Puse como ejemplo al equipo de discernimiento donde no hubo unanimidad sin que pasara nada. Se realizó la votación secreta y el resultado fue que 62 personas aprobaron el nuevo formato de elección, 9 votaron en contra y unos pocos se abstuvieron.

Una de las cosas que se puede percibir, ahora hablo a nivel psicológico, es cómo el pueblo agradece el ser consultado. En el inconsciente de la mayoría existe un malquiste contra los de siempre, los que figuran siempre, las vacas sagradas y los líderes. Hay muchas personas que resienten el no ser nadie ni significar casi nada en una comunidad. A la hora de una votación democrática gran parte de la gente está descartada desde el primer minuto: no tendrá ni un solo voto. La democracia sólo se fija en las riquezas de las personas, sobre todo en las que nos pueden traer algún beneficio. Nosotros esa riqueza la disfrazamos con las palabras don y carisma y es cierto que a veces existen. Ahora bien, existan o no existan tienen que ser probados, para no apropiarse de ellos. No probados por las obras, por más maravillosas que sean, ya que pueden provenir de otro espíritu. Quien debe de ser probado no es el carisma sino el portador. El más pobre entre los directores espirituales lo haría con cualquiera de sus dirigidos.

Lo más probable es que el Espíritu Santo no descarte a las mismas personas que descartamos nosotros. Toda la Biblia nos habla de que el Señor elige al más pequeño, al menor de los hermanos, a la mujer estéril, al de apariencia más pobre. La razón es muy clara. No es otra que el deseo de que nadie le robe la gloria o, por mejor decir, que nadie se apropie de su obra; en primer lugar, porque la echará a perder y, en segundo lugar, porque el intruso recibirá un daño importante. Alguien me dirá: “bueno, pues elegimos a los más tontos”. No, la Iglesia no funciona así; no es

fideísta ni fundamentalista. Discierne en fe ayudada por la sana razón y el sentido común, procurando resguardarse de los favoritismos.

Por todo ello y tratando de conjurar toda esta problemática, nosotros seguimos con el procedimiento votado. Ahora se trata de que todos aquellos que quieran prestar su vida al Señor para ese servicio que pongan su nombre en una nueva papeleta y la echen en el bombo. Nadie debe de tener miedo porque va a haber dos discernimientos: el del Espíritu y el de la votación última. Me admiró el grado de entrega de la gente de este pueblo. La gran mayoría cerrando los ojos y en pura fe dijeron. “Señor, lo que tú quieras”. Algunos me consultaron sus dificultades y les respondí: “No eches la papeleta”. Después me dijeron que, pese a todo, la habían echado porque no querían fallarle al Señor, aún a sabiendas de que les sería muy difícil. Una de éstas me dijo: “que discierna el Señor”.

Fueron también sesentaidós personas las que pusieron su nombre en el bombo. Una mano inocente, que fue la del P. Borragán, sacó treintaiuna papeleta leyendo los nombres en alto para conocimiento de todos. Finalmente se procedió a la votación final sobre las treintaiuna personas sacadas del bombo sin intervención humana. Muchos de los “grandes nombres”, entre ellos el mío, quedaron sepultados en el fondo del bombo. Cada uno tenía que votar cinco nombres para elegir a los siete que componen el equipo de discernimiento, según ya larga tradición. Todo fue muy sereno y muy tranquilo. Salieron siete personas, de las que dos ya habían estado en ese puesto y las cinco restantes eran nuevas. Todas ellas habían sonado en las quinielas de “ministrables”, nunca mejor empleada la palabra ya que fue elección para un ministerio. La palabra ministerio en lo civil es un plagio de lo eclesial.

Una carta como ésta quedaría muy anecdótica si no fuera más que la crónica de unas elecciones. La intención inicial al escribirla era mucho más profunda. Se trata de poner en evidencia un camino de fe. Todo lo que he escrito es porque estoy convencido de que el Señor ha sometido a Maranatha a una nueva prueba de fe. El camino de un pueblo es semejante al camino de un individuo, al menos en el orden espiritual. Si no vamos asumiendo en fe las nuevas situaciones de la vida, nos estancamos

espiritualmente y no conoceremos más del Señor. Si uno tiene una enfermedad y no piensa en otra cosa que en sanarse para seguir igual que antes ha perdido una gran oportunidad.

Maranatha es un pueblo que no tardando cumplirá cuarenta años de caminar en el Señor. Todo en pura fe porque no sabemos ni de dónde venimos ni adónde vamos. Dice Jesús: *La brisa sopla donde quiere, percibes su caricia, pero no sabes ni de dónde viene ni adónde va. Así sucede a todo lo que nace del Espíritu* (Jn 3, 8). Lo cierto es que ha sido una escuela de espiritualidad para muchísimas personas y en ella hemos aprendido a conocer y crecer en el Señor. Uno de los misterios de Maranatha es que siempre cuenta con un número semejante de personas, como las aguas de un río. Es un pueblo de unas doscientas personas. Así somos ahora y así eran en 1976 cuando entré yo. Si alguien tarda cinco años en volver a la oración se encontrará con que no conoce a muchas de las personas. Le parecerá un grupo distinto del que dejó.

Sin embargo, espiritualmente no está comenzando siempre de nuevo. Hay una continuidad y un crecimiento espiritual sostenible y sostenido. Hemos visto a muchas personas morir en olor de santidad, constatamos la madurez de otros muchos en el hablar, en el dar testimonio, en el juzgar las cosas de Dios y sobre todo en amarlas. Existe un núcleo que trasmite la bendición y asegura la identidad dentro del caminar. De esta perseverancia ha brotado una teología experimental de vanguardia como tal vez no la haya en muchas comunidades de España. Ahí está la literatura que la formula, ahí está la predicación, ahí están las páginas web que lo testifican, ahí está el testimonio personal de muchas decenas de personas.

Todas estas cosas nacen de la fe, de una fe que debemos cultivar. ¿Cómo se cultiva la fe? Creyendo. No hay otra forma. ¿Creyendo en qué? En la obra que va haciendo el Señor con nosotros. No se trata de hacer actos de fe vacíos sino concretos: “esto nos pide el Señor ahora”. Si no creemos en que el Señor está obrando continuamente en el grupo, en que hay palabra, en que hay profetas, en que él nos guía cada día y nos pone continuamente a prueba, nos estancamos y comienzan los cálculos humanos a dirigirlo todo. Cualquier pueblo que camina en el Señor tiene que estar dispuesto a la aventura continua. Es más, damos gracias a Dios porque nos saca continuamente de nuestras casillas.

Todo acto de fe no es lógico ni racional; si lo fuera ya no sería de fe. Que dos y dos son cuatro nunca podrá ser un acto de fe. No me cabe la menor duda que la lógica y la racionalidad de algunos ha quedado herida por el procedimiento electoral que hemos seguido esta vez. Si os digo que ha sido un acto de revelación, ¿os lo creéis? Pues bien, en un pueblo de fe es lo primero que se debería pensar porque de lo contrario perdemos el espíritu de infancia y ya no creemos más. Caeremos en el precepto, en lo normal, en lo que se hace, en lo natural, en lo previsible y cuantificable. Como diría San Pablo: el precepto me mató. Esto es el principio del endurecimiento, del pietismo, del devocionismo, que nos darán la sensación de que estamos cerca de Dios pero en realidad nos estamos descolgando y creando nuestro propio círculo. Más nos valiera no haber entrado nunca en un pueblo de fe. Para eso es mejor la parroquia donde se hacen labores de mantenimiento y la fe se encuentra perfectamente estabilizada y controlada por ritos, estructuras y tradiciones.

Lo que ha sucedido en Maranatha con estas elecciones es una pequeña sacudida para ver si conservamos aún suficiente apertura a las cosas de Dios. El pueblo de Israel en el desierto cada poco era puesto a prueba por la falta de agua, de pan, de carne y de otros alimentos que la gente echaba de menos. En todos estos casos la murmuración estaba servida y la falta de fe en Iahvé y en Moisés estaba a punto de acarrearles un duro castigo y en ocasiones, incluso, se hablaba de extinguirlos como pueblo.

¿Qué interés puede Dios tener en la existencia de Maranatha si no es como pueblo de fe hasta donde sea? Algunos creen que existimos para hacer cosas, para renovar la pastoral, renovar las canciones o los gestos fríos que se han instalado en la gran Iglesia. La Renovación ya ha hecho mucho bien en esta primera etapa, llamémosla cultural, pero debe ir creciendo e imponiéndose una segunda etapa que se caracterice por la santidad. Pues bien la santidad consiste en experimentar que ya estamos salvados por Cristo y que nos vamos a dejar llevar por su Espíritu a donde él quiera. El mayor enemigo de la santidad suele ser la idea que tenemos de ella. Si sabemos en qué consiste la santidad y cómo se llega a ella estamos fuera de onda. Le estamos robando a Dios su trabajo y, al final, no seremos reconocidos porque no seguimos su camino sino el nuestro

Le agradezco al Señor varios preciosos signos que se dieron en la votación hace unos días: la alegría del pueblo que era manifiesta, la paz honda con la que todo se desarrolló, el espíritu de infancia que lo ungía todo y la conciencia clara de que estábamos actuando en fe. Cuando un pueblo acepta actos de fe como el vivido, es que pone su confianza en el Señor. La gente disfrutaba de la irracionalidad de la fe y no le escandalizaba lo distinto, señal inequívoca de que no está atada a nada si no a lo que el Señor vaya queriendo. La fe nunca se equivoca; se parece a un cactus retorcido y con pinchos pero que, al final, cuando ha cumplido su ciclo, es coronado por una preciosa flor.



Mirabilis Cactus et retortus

Cfr: www.maranatha.es y www.frayescoba.info

31 de Diciembre de 2011

Chus Villarroel O P